LA GEOGRAFIA POLITICA GUIPUZCOANA Y RENTERIA

Por José M.ª BUSCA ISUSI

Hay días en los que le salen a uno las cosas sin querer.

Hace unos años, estaba tratando de ordeñar de mis sesos una idea para un artículo periodístico que debía enviar a don Carlos de la Valgoma, a la sazón director de «La Voz de España», cuando me saltó este título para el artículo: «Guipúzcoa: Nuestra Ciudad», que así apareció publicado.

Pero don Carlos le dio la vuelta a la tortilla. Dando la vuelta a la tortilla, la tortilla es la misma (no como cree el decir popular que es cambiar las cosas), y sacó lo de «Guipúzcoa nuestra ciudad», que venía a significar otra cosa con las mismas palabras.

Guipúzcoa, concretamente sus valles, constituyen un área urbana. Sólo los pueblos con cotas muy superiores a aquellas por las que discurren nuestros ríos permanecen en su secular aislamiento.

De mi pueblo, Zumárraga, a San Sebastián, se puede decir que es casi una continuada sucesión de casas. Espero que dentro de poco, en los 57 kilómetros que nos separan de San Sebastián, habrá que obligar a los automóviles a que sólo lleven luces de ciudad por las noches.

Y si esto pasa en una carretera que comienza en Goyerri, ¿qué diremos del tramo entre Irún y San Sebastián en el cual Rentería está en su mitad?

Los guipuzcoanos, hemos sido entre los vascos los que mejor hemos sujetado a nuestra capital, y entiendo que ha sido para bien de todos, de los capitalinos y los de la provincia. Aquí no tenemos la macrocefalia que se observa en otras regiones vascas de la Vasconia meridional.

Hoy, desde Lasarte hasta Gaintxurizketa hay una ciudad constituida por varias agrupaciones urbanas

que conservan su singularidad. Cierto que tenemos el caso absurdo de Lasarte, que no es más que un reparto urbano entre tres entidades de población, y el de Alza y Astigarraga, englobados por el imperialismo donostiarra.

Para confirmarnos de esto, diremos que cuando a un guipuzcoano se le pregunta tierras afuera de dónde es, dirá por lo seguro que es guipuzcoano, cuando no de Goyerri, como digo yo, o de Eibar o de Rentería, como dicen con orgullo los nativos de ambas villas.

Otros vascos dirán que son de Vitoria, Bilbao o Pamplona, aunque no hayan nacido en dichas ciudades, sólo porque vivan en el territorio de donde son capitales estas entidades principales.

Rentería, una de las más antiguas agrupaciones humanas de Guipúzcoa, mantiene su personalidad pese a verse englobada por la gran masa humana que le viene por el Oeste: San Sebastián, Herrera, Alza, Pasajes, y la presión que hace sobre ella la república barojiana del Bidasoa.

Es singular en su vida económica. Cuando yo era niño, a los jugadores del Euskalduna se les llamaba por autonomasia los «galleteros», de la misma forma que a los de Vergara se les llamaba los «mahoneros».

Hoy las circunstancias económicas del país han cambiado y los de Rentería no son los «galleteros» ni los de Vergara los «mahoneros». Pero ambas villas guipuzcoanas han derivado en su vida y quehacer, y... en buena dirección.

Rentería fue de las más importantes villas guipuzcoanas en cuanto al número de habitantes. Uno, que siempre ha tenido alguna preocupación por estas cosas, recuerda que de niño metía los habitantes de Rentería entre los siete mil y ocho mil. En el censo de 1970 aparece con 34.000 y ahora creo que se acerca mucho a los 45.000 Es de las entidades de población que lleva un índice de crecimiento mayor que el del conjunto guipuzcoano, el que no ha multiplicado por cinco el número de sus habitantes hace 50 años.

Lo notable del caso es que el crecimiento de Rentería se ha hecho siguiendo esa manera de ser guipuzcoana del industrial medio o pequeño. Cierto que hay grandes industrias en Rentería, pero las que le han dado vitalidad son las de tipo de empresario personal.

Una de las cosas que me suele servir para tomar el pulso a los pueblos es la guía telefónica. Así vemos que en Guipúzcoa la capital sólo ocupa 96 páginas de la guía, los pueblos ocupamos 187, y de estas 187 Rentería ocupa nueve.

Pero una ojeada fina de las páginas de Rentería nos informa de un variadísimo quehacer: maquinaria, bodeguera, muebles, plásticos, buenas imprentas y litografías, papelera, fundiciones..., o sea, que casi la pudiéramos considerar como un Eibar de la cuenca del Oyarzun. Por tener de todo, Rentería tiene uno de los mejores restaurantes guipuzcoanos.

Fue primera en Guipúzcoa en la fundición de aceros al horno eléctrico, y todavía me recuerdo del susto que me produjo el chisporrotear de los electrodos en los hornos. También nos asustaba un poco la fundición de plomo de Capuchinos, cuando nos decían que los obreros que trabajan en ellos terminaban enfermos. No se me olvidará nunca cuando los alumnos de los Corazonistas de San Sebastián visitamos esta fundición de plomo.

Una característica que ha perdido la Rentería actual es que ya no es pista de baile de las muchachas de servicio de San Sebastián. No sé si será porque ahora apenas si hay muchachas de servicio o porque las que hay prefieren las «boîtes» esas al paseo por la Alameda renteriana.

Solía ser un espectáculo para los estudiantes de bachiller que ya empezábamos a querer chicolear, en nuestros paseos con los frailes, ver pasar llenos de «marmotillas» los tranvías blancos que entonces unían a San Sebastián con Rentería.

Lo que sí me gustaría es que con Rentería se hiciese algo parecido a lo que hemos hecho en Goyerri, en Villafranca, que de ser de Oria ha pasado a ser de Ordizia.

Que le hayan quitado lo de Oria me parece muy bien. El estado actual del Oria es algo que nos avergüenza en lo más íntimo. Debiera dar vergüenza a cualquier pueblo guipuzcoano llevar eso de Oria.

Lo mismo que entiendo que a Rentería habría que ponerle al menos lo de Orereta, que fue su primitivo nombre.

Rentería suena a renta, derecho fronterizo, y esto, ahora que en Europa parece que van a sobrar las fronteras, parece muy poco actual.

Me meto en lo que no me llaman y en lo que no soy entendido, pero creo que honestamente debo expresar este estado de mi conciencia.

Sólo me queda, para terminar, desear a los de Rentería de Orereta o no de Orereta, unas felices «magdalenas», en honor de aquella santa que si fue pecadora, ahora está en el cielo tomando café, según el cantar.

Los guipuzcoanos estamos cometiendo muchos pecados contra nuestra ciudad, pero yo espero que como el Señor es bueno, nos llevará también al cielo a tomar un café, que espero no será de torrefacto o sucedáneo, sino un moka legítimo, como debe ser el café celestial.